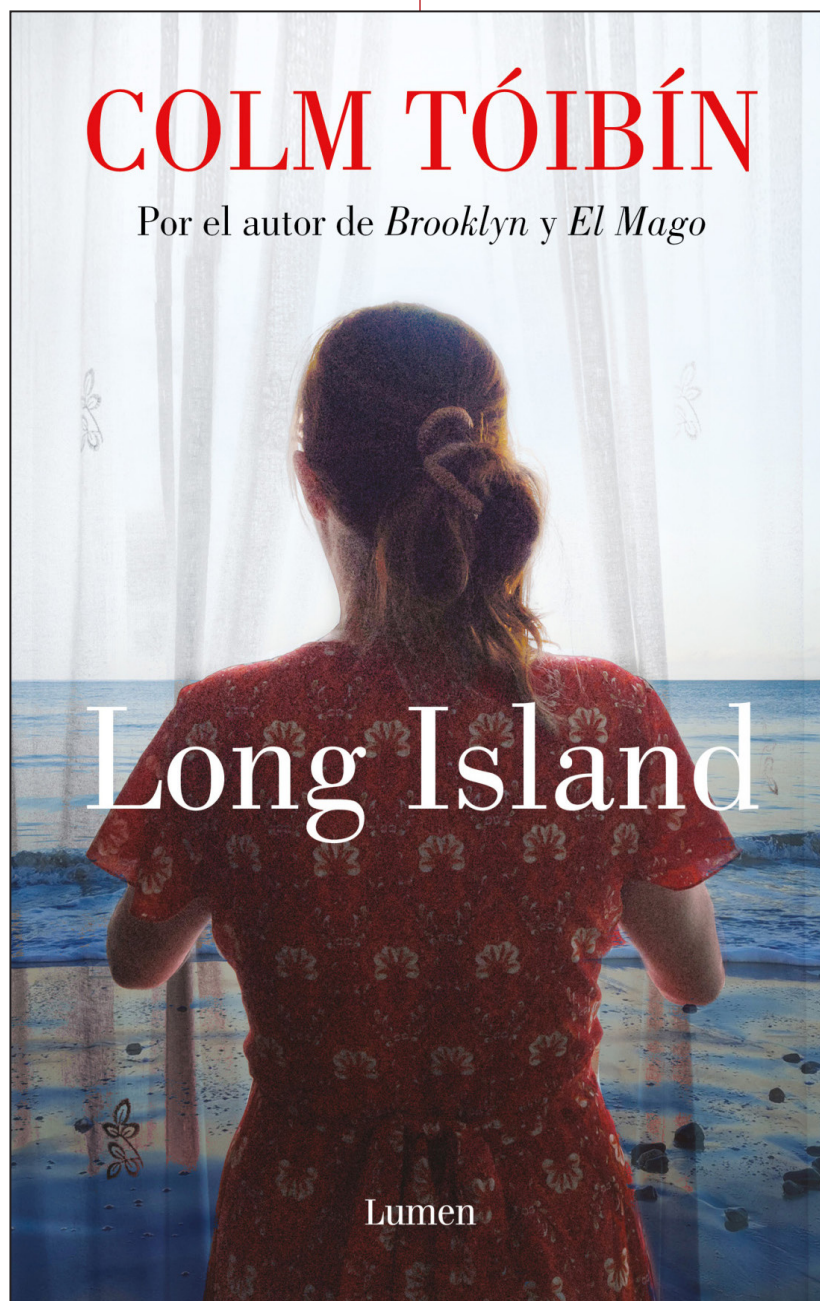




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Es la primavera de 1976, y han pasado veinte años desde que Eilis Lacey se casó con Tony Fiorello y abandonó Brooklyn para mudarse a Long Island, a una casa en una calle sin salida donde vive su extensa familia política. Ahí nacieron sus hijos, Rosella y Larry, ahora dos adolescentes, y durante estos años el negocio de fontanería de Tony ha prosperado y Eilis se las ha ingeniado para preservar algo de su intimidad e independencia y llevar una apacible vida de suburbios a pesar de las intromisiones del clan Fiorello y de ese poso de nostalgia por la Irlanda natal que aún perdura en ella. O al menos, así lo parece hasta que un hombre con acento irlandés se presenta en la puerta de su casa preguntando por ella.

La esposa del hombre y Tony, explica con brusquedad el desconocido, han tenido una aventura y ella espera un hijo de su amante que él va a dejar en la puerta de Eilis ni bien nazca. En su tierra, Eilis ha conocido a muchos hombres así y es por eso que sabe perfectamente cuán poco fingida es su ira y cuán firme, su amenaza. Aquel bebé no va a entrar en casa del hombre, pero tampoco lo hará en la suya, piensa Eilis y así se lo comunica a Tony. Pero ¿qué hay de su suegra? ¿Francesca podría ser capaz de mentirle y acoger al bebé en secreto a muy pocos metros de su casa? Bajo el peso del engaño y la humillación, su realidad se tambalea y la desagradable revelación hace más evidente

su falta de lazos y raíces en Long Island, al punto que, por primera vez en mucho tiempo, Eilis vuelve a sentirse muy lejos de casa. Con la excusa de que su madre cumple ochenta años y la necesidad profunda de poner tierra de por medio con Tony y el asunto del bebé, decide entonces viajar a Irlanda para aclarar sus sentimientos y considerar las elecciones, quizá equivocadas, que la han conducido hasta un presente que se resquebraja.

De vuelta en Enniscorthy, el pueblo del que se marchó por segunda y última vez hace veinte años, Eilis debe afrontar otra realidad que continúa ahí, con sus inercias y sus problemas, graves o pequeños, aunque ella se haya ausentado todo este tiempo y luzca como una forastera en su propio hogar. Su madre la recibe con la severidad habitual y parece no conservar ni haber leído las cartas que ella le ha enviado desde Estados Unidos. Nancy Sheridan, su mejor amiga de la juventud, ha enviudado muy pronto y trata de arreglárselas lo mejor

posible en su negocio de *fish and chips* mientras prepara la boda de su hija y fantasea con la idea de una vida distinta ahora que sus hijos son grandes y el duelo va quedando atrás. Y Jim Farrell, el hombre con el que Eilis tuvo una historia de amor y al que finalmente dejó para volver a Brooklyn junto a Tony, continúa soltero, al mando del pub familiar y pensando todavía en qué habría sucedido si en el pasado las decisiones hubiesen sido otras. A ellos se suman los hijos de Eilis, que aprovechando las vacaciones estivales viajan a Enniscorthy para conocer por fin a la familia irlandesa. En un pueblo donde los rumores corren rápido y la discreción, más que una virtud, es una estrategia para mantenerse a salvo de las miradas, todos guardan secretos que entrelazan sus vidas, sus deseos y arrepentimientos, y en contacto con las costumbres y afectos que creía haber dejado atrás, Eilis se pregunta si ya es demasiado tarde para cambiar de rumbo.

CLAVES DE LA NOVELA

Tras cautivar a más de un millón de lectores y obtener el Premio Costa Book con *Brooklyn*, la novela protagonizada por una joven irlandesa que emigra a Nueva York en los años cincuenta, Colm Tóibín retoma en *Long Island* la historia de Eilis Lacey, ahora una mujer de mediana edad asimilada a la vida suburbana de Estados Unidos. Desde una educación sentimental que transcurre a un lado y otro del Atlántico han pasado dos décadas, solo algunos años más que los que median entre la aparición de *Brooklyn* y la publicación de una secuela que, escrita con maestría, se sostiene por sí misma a la par que expande el magnífico fresco irlandés que Tóibín ha ido componiendo a través de la obra que da inicio a la saga de Eilis y la novela *Nora Webster*, cuya protagonista reaparece brevemente en algunas páginas de *Long Island*. En

el centro de este fresco, entre hombres y mujeres con vidas perfectamente ordinarias, está Eilis, una mujer corriente que, inmersa en el vaivén de los afectos y las intrigas domésticas, se nos revela en toda su complejidad y misterio.

El impacto de las palabras que salen de boca de un desconocido es suficiente para que las decisiones del pasado, aquellas que Eilis tomó veinte años atrás, pierdan consistencia y salte a la vista la parte de renuncia e insatisfacción que hubo en cada una de ellas. La revelación inesperada de la infidelidad de Tony pone en marcha una novela hecha de rumores, engaños, secretos, dilemas y especulaciones que se traman a través de un juego de puntos de vista articulado con la destreza propia de un auténtico heredero de Henry James. A la mirada de Eilis, personaje que vertebra con firmeza la historia, se

suman las de Nancy y Jim, y entre los tres forman un triángulo en movimiento, donde un secreto, sin saberlo, enlaza con otro y cada acto o elección supone en potencia una serie de consecuencias, muchas veces igual de inescrutables que las motivaciones de unos personajes que no poseen una conciencia total de sí mismos. Lo inexpresable, aquello que se calla u omite porque pertenece al orden de las verdades inconfesables, o bien, porque escapa al entendimiento, atraviesa una novela que encadena diálogos y enredos mientras ilumina sutilmente la distancia, no siempre voluntaria, que se abre entre lo que se dice y lo que se piensa y siente, y también, entre lo que es y lo que podría haber sido: esa brecha en la que cabe el desencanto, el arrepentimiento, los reproches y una nostalgia que no se atenúa con el paso del tiempo. Una nostalgia que, a su vez, invita a pensar en segundas oportunidades, como es el caso de Eilis cuando, expulsada por la traición de Tony, se aleja de Long Island y de regreso en casa, se descubre tirando del hilo de una historia de amor que no se ha cerrado del todo; o Jim, a quien el reencuentro con Eilis, un pedazo de su pasado, le hace reconsiderar su presente y proyectarse hacia un futuro que tiene poco que ver con sus planes más realistas. Ajena a los dilemas de estos dos vértices del triángulo, Nancy acaricia sus propias fantasías, que conectan viejos anhelos y envidias con el deseo de comenzar de nuevo. El modo en que estos tres personajes van interactuando, y cómo se miran entre sí y se ven a sí mismos a través de los ojos de los otros, desvela no sólo sus sueños y deseos, sino también

sus flaquezas y las heridas que se esfuerzan en disimular, o que a veces ni siquiera reconocen tener.

Novela de matices, *Long Island* desgana a estos personajes sin suavizar sus contradicciones y dejando al descubierto esa porción de misterio que forma parte de su naturaleza humana. Tras media vida en el extranjero, Eilis no está segura de haber tomado la elección correcta y la falta de raíces en la sociedad de acogida y una familia política que no sustituye a la propia, se vuelve tangible, una herida mal cicatrizada, para esta mujer que, a ojos de su madre y sus amigas de infancia, en casa ahora también es una forastera con actitudes, atuendos y un aire importados de América. El doble desarraigo de Eilis habla de personajes que transitan cambios, a veces casi imperceptibles, pero también, de mundos distantes que, lejos de comportarse como cápsulas del tiempo estancas, se transforman al ritmo de sus propias dinámicas e inercias. El relevo de comercios en Enniscorthy, las modificaciones en los interiores de las casas, el surgimiento de nuevas tendencias inmobiliarias o el éxodo de un escenario urbano, Brooklyn, a uno típicamente suburbano, Long Island, son detalles que ilustran las transformaciones que conlleva una época. Son trazos que Colm Tóibín administra con sutileza, unas pocas pinceladas que junto con la mención a la Guerra de Vietnam, el escándalo Watergate y el conflicto norirlandés contribuyen a darle espesor histórico a la novela.

Alrededor de los tres protagonistas, un coro de figuras secundarias suma voces, miradas y, en definitiva, perspectivas a una obra que, a medida que se desa-

rrollan los conflictos en ese microcosmos llamado Enniscorthy, adquiere tensión, suspense y una leve comicidad que se desprende de los equívocos, la ironía de algunos comentarios y un cúmulo de enredos. Cada uno de estos personajes, del más importante a aquel que hace una aparición fugaz, está delineado con precisión y una dignidad que no está reñida con mostrar sus imperfecciones, aquellas que los hacen humanos, extraordinariamente vívidos y entrañables. De ser una joven con tantos sueños como deseos encontrados, Eilis Lacey regresa en *Long Island* convertida en una mujer cuyo matrimonio está al borde del fracaso, y en una madre que busca el modo de ser

justa y conciliar sus necesidades con las de sus hijos, siguiendo un camino distinto al de su propia madre y al de una suegra con la que sostiene un pulso de poder. Los dilemas a los que se enfrenta, sin embargo, a veces parecen no poder tener solución, y al igual que hace veinte años, las preguntas que Jim le hace quedan suspendidas y ella, a cambio, le concede su silencio. Porque, en un mundo donde muchas cosas han cambiado pero hay afectos y costumbres que permanecen inalterados, si algo pervive en Eilis es un anhelo profundo de libertad e independencia que la atraviesa y la impulsa a ir tomando conciencia de sí y de las personas que la rodean.

LOS PERSONAJES

EILIS

Hace muchos años que Eilis Lacey, ahora de apellido Fiorello, ha cambiado el Brooklyn de su juventud por una casa en Lindenhurst, Long Island, en la que vive junto a su marido, Tony, y sus dos hijos adolescentes, Rosella y Larry. Rodeada por el extenso clan Fiorello, Eilis ha tenido mucha compañía pero, a cambio, no ha sido fácil preservar su intimidad e independencia, y es por eso que, tras años llevando los libros de contabilidad del negocio de fontanería de la familia, acepta un empleo similar en el garaje de un vecino armenio. Empleo en el que pide una excedencia cuando, después de descubrir la infidelidad de Tony, se impone la necesidad de regresar por un tiempo indefinido a Irlanda, llevando consigo algunos días a sus hijos: una forma de transmitirles una parte de su legado identitario que se ha desdibujado casi por completo en un suburbio americano donde impera el acento y las costumbres venidos de Italia. A su pueblo, Eilis regresa en un coche alquilado, trayendo algunos nuevos hábitos, viejos afectos, muchos interrogantes y dinero suficiente para comprarle a su madre un set completo de electrodomésticos que la mujer, en un gesto de orgullo, se niega a instalar en su casa hasta que sus nietos llegan y muestra a Rosella su rostro más afable, y todas aquellas fotografías que ha ido atesorando: un testimonio de la vida de su hija al otro lado del océano.

«Bajo la luz lechosa de la tarde, el lugar era hermoso y tranquilo, con el silencio roto solo por un tractor en un campo cercano, el tenue canto de los pájaros y el suave e incesante sonido de las olas al romper en la playa. Esa noche, por pri-

mera vez en su vida, dormiría sola en una casa, no habría nadie en la cama con ella o en la habitación de al lado. Era algo con lo que había soñado desde que estaba con Tony, sobre todo al principio de su matrimonio: salir a hurtadillas, subir a un tren o incluso conducir hasta una ciudad pequeña, buscar un hotel corriente y pasar dos noches lejos de todos.

Era extraño que, habiendo vivido tan cerca de la familia de Tony, se acordara tan poco de ellos. Se levantó y se dirigió hacia el borde del acantilado. Esperaba que hiciera buen tiempo cuando llegaran Rosella y Larry. En verano había ratos de sol y luego el cielo se encapotaba, con amenaza de lluvia o llovizna y la vaga esperanza de que hacia el final del día aclarase. Deseaba que les gustara la ciudad, que tuvieran buena opinión de su abuela y de su tío Martin y, al regresar a Estados Unidos, hablasen con nostalgia de su estancia en Irlanda sintiendo que también eran de allí, aun cuando se les antojara menos relevante que el mundo italiano del que habían oído hablar a sus abuelos». (pp. 143-144)

TONY

Los lazos de Tony Fiorello están en la calle sin salida de Lindenhurst, donde vive toda su familia y ha formado un hogar junto a su esposa Eilis. Que su infidelidad con una clienta salga a la luz a raíz de que ella queda embarazada supone un sismo para este fontanero que no es capaz de negar lo ocurrido, pero tampoco de asumir con honestidad y entereza sus actos y las consecuencias que acarrearán. Su esposa no va a aceptar en casa al hijo bastardo, pero Francesca, su madre, vive justo enfrente y está dispuesta a tomar a ese bebé y criarlo como se merece un nieto suyo. En el pulso entre suegra y nuera, Tony acaba viéndose solo en casa, uno de sus mayores temores, mientras Eilis se marcha a Irlanda sin ofrecerle demasiadas explicaciones ni asegurarle cuándo regresará, y si lo hará para volver a su lado.

«Más tarde, en el dormitorio, Tony caminó incómodo de un lado para otro. Ella sabía que no le gustaba la soledad, que si no estaban Rosella y Larry preferiría ir a una de las otras casas antes que quedarse solo. Desde que se casaron, habían compartido cama todas las noches, excepto cuando Eilis tuvo a sus hijos. Ella recordó que tras el nacimiento de Larry, un parto difícil, había tenido que pasar en el hospital más días de lo normal. Tony se vino abajo al enterarse. Quería que ella volviera a casa. Le gustaban las cosas tal como estaban, vivir con su familia, tener cerca a sus padres y hermanos. Eilis supuso que su marcha lo aterraba. Si de verdad no quería que se fuera, pensó, solo debía decir que ella no vería al bebé ni tendría que temer que Francesca lo criara. Pero era evidente que no iba a decirlo». (p. 63)

NANCY

A los cuarenta y seis años, Nancy Sheridan, mejor amiga de Eilis en la adolescencia, comienza a estar cansada de lidiar con los borrachos que se agolpan en la puerta de su local de *fish and chips*, del olor a cebolla frita y de vivir en las calles céntricas de Enniscorthy. Desde que enviudó se ha tenido que hacer cargo de demasiadas cosas y, afortunadamente, más de una noche ha contado con la ayuda de su amigo Jim para cerrar el local. A la par que Nancy organiza la boda de su hija, la amistad entre ellos dos da paso a otro tipo de relación que alienta en ella la fantasía de comenzar una vida nueva en un bungalow en las afueras del pueblo. Entre esas fantasías y los celos que despierta en ella Eilis, con su porte elegante y sus vestimentas modernas, Nancy tiene entre manos muchos secretos, pero guardar silencio quizá no sea su mayor virtud.

«Cuando el taxi cruzaba el barrio de Donnybrook, Nancy comprendió que, pasara lo que pasase, sería desleal a uno de los dos. Al sentir tanta ternura por George, al soñar lo feliz que sería estando junto a él en la boda, imaginaba una vida sin Jim; pero si, por el contrario, pensaba solo en Jim, en la suerte que tenía de estar con él, era como si dejara a George atrás.

Era demasiado cómodo consolarse con la idea de que George se alegraría de que hubiese encontrado otro hombre. Era una idea balsámica, pero no servía de nada. Si alguien le hubiese dicho a George que en el futuro su esposa iría a Dublín en el coche de Jim Farrell, en cuya cama se acostaba muchas noches, a George le habría parecido una pesadilla. Difícilmente le habría confortado saber que ella era feliz. Pero lo era, y lo sería aún más, concluyó, si desterraba esos pensamientos y vivía un tiempo en el presente». (p. 134)

JIM

Franco y amable, Jim Farrell es una figura querida en Enniscorthy, donde está al frente del popular pub de su familia. A los cuarenta y seis años, Jim continúa soltero, algo que algunas amigas no se explican y que están dispuestas a solucionar actuando como buenas celestinas. Y a él, de pronto, la idea de dejar atrás la soltería no le suena descabellada, aunque el recuerdo de la fracasada historia de amor con Eilis siga ahí, en forma de heridas mal cicatrizadas y sueños que pueden reavivarse en cualquier momento.

«Bien podía, pensó, pasar el resto de su existencia ahí, continuar sirviendo bebidas, mantener el negocio y subir a la vivienda una vez cerrado el local. Irse a vivir al campo con Nancy habría supuesto un cambio sustancial. Dormir a su lado por las noches; despertarse a su lado por las mañanas. Sin embargo, todos los días habría vuelto a ese lugar familiar.

No le habría exigido ningún esfuerzo. Si un cliente entrara en ese momento, él sabría exactamente cómo saludarlo. Aunque no lo conociera, sería capaz de formarse enseguida un juicio preciso sobre esa persona. En cambio, una vez que al día siguiente subiera al tren, de poco le serviría esa capacidad de juzgar. Fuera de la seguridad que le proporcionaba el pub, su natural confianza en sí mismo carecería de valor.

Y eso le ocurriría ya en Dublín. ¿Cómo explicaría en Estados Unidos quién era? En Enniscorthy su nombre, el mismo que el de su padre, estaba escrito en la fachada del edificio. En Estados Unidos no sería más que un hombre que había cruzado el Atlántico siguiendo a una mujer, un hombre que ni siquiera conocía las marcas de cerveza y whisky norteamericanas, que no sabría bien cómo lidiar con un cliente problemático y que se sentiría inseguro manejando una máquina registradora norteamericana». (p. 313)

EXTRACTOS POR TEMAS

EL DESARRAIGO

«Su madre cumpliría ochenta años ese verano; a Eilis le encantaría verla una vez más. Pero, más que eso, pensó, le pesaría enormemente no haber ido a verla si recibiera la noticia de que le había ocurrido algo. Su hermano Martin había dejado Birmingham para regresar a su tierra natal y vivía en Cush, en el borde del acantilado, a dieciséis kilómetros de Enniscorthy. Visitaba a su madre un par de veces a la semana y escribía a menudo a Eilis, en su estilo inconexo, sobre el estado de salud de la anciana.

Eilis sabía que a Francesca, al igual que a Lena y Clara, cuyas familias vivían cerca, les extrañaba que alguien pasara toda su vida tan lejos de los suyos. En su mundo, la gente llegaba a Estados Unidos en grupos. No conocían a nadie que, como Eilis, hubiera viajado solo, sin parientes ni buenos amigos. Algunas noches hablaba de su tierra natal durante la cena, sobre todo cuando recibía carta de su madre o de Martin, y tenía en la re-

pisa de la chimenea una fotografía de su hermana, Rose, tomada en 1951, un año antes de su fallecimiento, cuando ganó el Premio Dama Capitana del club de golf de Enniscorthy. Pero a Tony, Rosella y Larry no les interesaba nada Enniscorthy, ni siquiera Irlanda». (pp. 35-36)

«Un día Eilis llevó a la comida su cámara con la intención de hacer unas fotografías para mandárselas a su madre. Cada vez que se levantaba a sacar una, los adultos alzaban las copas y son reían, y los niños posaban igualmente con cara de felicidad. Cuando las reveló, las imágenes mostraban una mesa repleta de platos y botellas, fuentes y copas; la familia aparecía festiva, contenta de estar todos juntos como si fuera Navidad en vez de un domingo normal y corriente. Su madre apenas disfrutaba de sus nietos. Martin no tenía hijos. Pat y Jack se habían quedado en el área de Birmingham y casi nunca iban a Enniscorthy. Su madre había visto a sus nueras y sus nietos en contadas ocasiones. Por tanto, la madre de Eilis nunca había conocido una reu-

nión como la que los Fiorello celebraban los domingos. Eilis decidió no enviarle las fotografías. La entristecerían mucho». (p. 41)

«Ahora la señora Wadding esperaba a la puerta de la catedral junto a dos mujeres que a todas luces eran hermanas suyas. Las tres, observó Nancy, llevaban vestidos de tela brillante confeccionados por alguna modista de pueblo. El de la señora Wadding era azul claro y las otras iban de amarillo y de rosa.

Al darse la vuelta, Nancy vio a Eilis Lacey, que, aunque estaba con un grupo de mujeres, se las arreglaba para mantenerse apartada. Costaba creer que el amarillo de su vestido y el de la hermana de la señora Wadding fueran el mismo color. El de Eilis parecía más brillante, más puro, más glamuroso. Llevaba una chaqueta negra, con bolso, zapatos y un pequeño casquete del mismo color». (p. 177)

«Cuando llegó el momento de los votos matrimoniales, de repente imaginó a Tony como un fantasma, caminando por el pasillo lateral en su busca, hasta que por fin la veía. Tony no conocía a nadie. Aunque ella se lo presentara a los demás, sería un forastero, un extraño. Y podría hacerse una idea de cómo se había sentido ella todos los años que había pasado lejos de su tierra.

Había aprendido a no obsesionarse con esos sentimientos, que parecieron acentuarse cuando los novios se besaron y echaron a andar por el pasillo. Había construido su vida, pensó. No debería compadecerse de sí misma en un día

como aquel. Las habitaciones de la casa de Lindenhurst eran tan suyas como de Tony, Rosella y Larry, y las calles arboladas de alrededor, la brisa salobre procedente del océano, la luz que temblaba de expectación los días que iba a cambiar el tiempo en Long Island, todo eso había pasado a formar parte de su vida». (pp. 193-194)

«Cuando llegó a casa, Rosella le salió al encuentro en el recibidor.

—La abuela está arriba. Ven conmigo.

Sobre la consola y esparcidas por el suelo, Eilis vio pilas de fotografías, algunas en blanco y negro, otras en color, todas de pequeño tamaño.

—Hay cientos y cientos de fotos. Las tiene ordenadas. Yo nunca las había visto.

A lo largo de los años, pensó Eilis, su madre jamás había dado señales de haber recibido las fotografías enviadas mes a mes, a medida que los chicos crecían.

—Están todas fechadas —añadió Rosella.

Eilis cogió un juego de fotografías y les echó un vistazo. En una aparecía Larry de bebé en brazos de su padre, en Jones Beach.

Tony llevaba un bañador que Eilis creyó reconocer. En otra, ella cogía de la mano a Rosella, que miraba a la cámara con los ojos entornados. Supuso que esa la había tomado Tony y que ella había hecho una en la que él lanzaba al aire a Larry. El siguiente retrato la intrigó: salía Tony solo, sonriente, con el torso desnudo, el océano detrás. ¿Por qué enviaría esa foto a su madre?» (p. 236)

UN CAMINO DE SECRETOS

«Hablaron de los maestros que recordaban y de los bailes a los que habían asistido. Sin embargo, no mencionaron el verano en el que Eilis había vuelto a la ciudad tras pasar dos años en Estados Unidos, el verano en el que todo el mundo había visto lo enamorados que estaban ella y Jim Farrell, el verano que había terminado con el regreso sin previo aviso de Eilis a América. Jim no contó a nadie lo que había sucedido, y se decía que la madre de Eilis no salió a la calle hasta después de Navidad. Aun así, Nancy se había enterado de que Eilis ya estaba casada cuando llegó, que tenía un marido en Brooklyn. No se lo había revelado a nadie, ni siquiera a su madre.

Tras descubrir la verdad, Nancy repasó todos sus encuentros de aquel verano con Eilis. La recordó en su boda, con Jim como pareja; Jim, que creía haber encontrado el amor de su vida y a quien Nancy y George animaron a que propusiera matrimonio a Eilis antes de que regresara a Estados Unidos». (p. 82)

«En los primeros tiempos con Tony había aprendido a no subestimar su capacidad de adivinarle el pensamiento. A veces a ella le costaba ocultarle un secreto. Sin embargo, Tony se las arreglaba para fingir que no sabía más que lo que ella le había revelado, pues casi nunca le hacía preguntas.

Estaba segura de que Tony imaginaba que, a partir de la fecha prevista para el nacimiento de la criatura, ella había calculado que fue concebida en

noviembre o diciembre. Aquella había sido una época especial para ambos. Siguieron haciendo el amor durante años cuando los niños eran pequeños, pero luego pararon. Hubo un año en que apenas mantuvieron relaciones sexuales. Y de repente, en los últimos meses del año anterior, algo cambió. Le sorprendió que volvieran a ser tan apasionados. Algunos días, al despertarse, notaba que Tony se arrimaba y hacían el amor antes de iniciar la jornada. Continuaron así hasta Navidad. Fueron unos meses felices para ella. Y luego, al enterarse del embarazo de la otra, supo que Tony se había liado con aquella mujer en esa misma época».

«Por un segundo estuvo tentado de sincerarse con ella. Si Colette estuviera al corriente de lo del compromiso, él podría pedirle consejo sobre la forma de adelantar la fecha de la boda. Pero, en cuanto Jim tuvo edad para ponerse tras la barra y servir a los clientes, su padre le dijo que si alguna vez sentía el impulso de contar algo a alguien debía reprimirse y callar. Nadie apreciaba a los camareros locuaces. En su pub, añadió su padre, se enteraría de mucho más de lo que necesitaba saber y su tarea consistía en guardárselo para sí.

Estaba seguro de que su padre no pensaba en su matrimonio cuando le dio aquel consejo, pero, en cualquier caso, no se sentía inclinado a compartir lo que consideraba privado. Aunque confiaba en Colette, no podía tener la certeza de que no fuera a contarle el secreto a su madre o a una de sus hermanas. Así se propagaban las noticias». (p. 161)

«—¿Sigues viviendo con tu marido? —le preguntó de repente cuando regresó al sillón.

No tenía intención de hablar y se dio cuenta de que la había interrumpido cuando ella se disponía a explicarle su primer trabajo en Estados Unidos.

—¿Con Tony? —preguntó Eilis, como si Jim pudiera referirse a otra persona.

Él asintió y la escrutó mientras ella titubeaba. Si viviera con su marido, sin duda lo habría dicho al instante.

—Me llevó al aeropuerto, así que supongo que eso significa algo.

Él se preguntó cómo debía interpretarlo.

—Pero no sé bien qué decir al respecto —añadió ella.

Con eso daba a entender que tenía un problema en casa. Había dicho lo suficiente para dejarlo claro.

—¿Por qué no te has casado? —quiso saber Eilis.

Jim sonrió al pensar que también ella podía formular preguntas bruscas. Decidió ahorrarle la descripción de cómo se había sentido tras su marcha. Y si le hablaba de su vida, tendría que ocultar que Nancy se había sentado hacía poco en el sillón que ahora ocupaba Eilis. Tendría que ocultar que se veían.

Por otra parte, quizá Eilis fuera la única persona con la que podía sincerarse. Era una forastera. Podría contarle que Nancy y él estaban prometidos. Estaba seguro de que le guardaría el secreto. La consideraba totalmente digna de confianza. Ella le felicitaría, le diría que

se alegraba. Y él no tendría más motivos para sentir curiosidad por su marido. Tal vez Eilis volviera a visitarlo antes de partir. Pero ahora no tardaría en irse y toda la excitación que él sentía en su presencia desaparecería con ella». (pp. 204- 205)

PREGUNTAS EN SUSPENSO

«En Irlanda había conocido a hombres así. Si uno de ellos hubiera descubierto que su esposa le había sido infiel y de resultas estaba embarazada, no habría aceptado a la criatura en casa.

Sin embargo, en su tierra natal ningún hombre sería capaz de coger a un recién nacido y dejarlo en la puerta de una casa. Alguien lo vería. Un sacerdote, un médico o un policía lo obligarían a llevárselo. En cambio, ahí, en esa tranquila calle sin salida, aquel individuo podría dejarle al bebé en la puerta sin que nadie se enterara.

Sí, podría hacerlo. Y su forma de expresarse, la firmeza de su mandíbula y la determinación de su mirada la habían convencido de que hablaba en serio.

En cuanto el hombre se marchó, Eilis regresó a la sala de estar y se sentó. Cerró los ojos.

No lejos de allí había una mujer que llevaba en su vientre un hijo de Tony. Eilis ignoraba por qué daba por sentado que era irlandesa como ella. Tal vez resultara más creíble que aquel individuo tuviera dominada a una irlandesa, porque cualquier otra le plantaría cara o lo abandonaría. De pronto la imagen de esa mujer sola con una criatura acudiendo a Tony en busca de ayuda la asustó aún más que la

de un recién nacido abandonado delante de su puerta. Pero enseguida esa segunda imagen, cuando se permitió visualizarla con fría minuciosidad, la puso enferma. ¿Y si la criatura lloraba? ¿La recogería? Y si la recogía, ¿qué haría después?

Cuando se levantó para cambiarse de silla, el hombre que hacía unos minutos había tenido delante, de carne y hueso, vigoroso e imponente, le pareció una persona sobre la que había leído o que había visto en televisión. Sencillamente, no era posible que imperara en la casa una absoluta tranquilidad y de improviso recibiera a aquel visitante». (pp. 13-14)

«Eilis recordó una de esas tardes, el calor aún pesaba en el aire, la playa estaba medio desierta y el agua más caliente que hacía un tiempo. Ella había ido a nadar sola mientras Tony cuidaba de Rosella y Larry, todavía un bebé. A medida que entraba en el mar, se daba la vuelta para saludarlos con la mano. Luego se alejó de la orilla hasta dejar atrás la rompiente y llegar a aguas más tranquilas. Cuando levantó la cabeza y miró hacia la playa, vio que Tony, con Larry en brazos y Rosella al lado, la señalaba con el dedo y se reía. Nadó hacia ellos. Cuando Tony dejó en el suelo a Larry, el pequeño empezó a gatear hacia su madre. Ella supuso que quería que lo aupara, pero descubrió que estaba decidido a abrirse camino él solo hasta el agua. Eilis, Tony y Rosella se quedaron atrás y observaron a Larry, su pura determinación.

Tan solo era una imagen de alegría que parecía completa, pensó.

Eilis miró a un lado y a otro intentando calcular dónde se había detenido ella

y dónde se había quedado Tony. Pero la playa era demasiado larga. Podrían haber estado en cualquier parte de ese tramo. Inmóvil, contempló las olas visualizando a Tony con los niños e imaginando que estaban esperando a que ella regresara después de nadar». (p. 53)

«Parecía una batalla entre ambos, hasta que Eilis se percató de que ella libraba la batalla consigo misma a la vez que con él. A Rosella y Larry no les molestaría demasiado la llegada de un recién nacido a casa de su abuela. Se acostumbrarían. Pero ella no; estaba segura de que no se acostumbraría.

Deseó poder hablar sin ambages con Tony mientras él conducía, exponerle de una vez por todas las consecuencias de que él y su madre no entraran en razón.

Pero, si hablaba, perdería a Tony. Él ya había tomado una decisión respecto al bebé. Una vez más, Eilis comprendió que, si lanzaba amenazas, tendría que cumplirlas. Esa certeza le impedía hablar. No estaba segura de que quisiera perder a Tony, y tampoco de que Rosella y Larry pasaran de la adolescencia a la edad adulta sin todo aquello que estaban acostumbrados a tener, incluido su padre. La incertidumbre casi le provocó náuseas mientras recorrían el último tramo hacia el aeropuerto». (p. 155)

«—Me gustaría hacerte una pregunta —dijo él.

Eilis levantó la vista.

—¿Solo una?

—Si una mañana, o un día, en el garaje de Long Island donde trabajas sona-

ra el teléfono y fuese yo, que estaba en Nueva York, o incluso más cerca, y había ido a verte, ¿qué harías?

Eilis se mostró desconcertada, como si no lo hubiera oído bien. Sin embargo, Jim sabía que no debía repetir la pregunta, sino darle tiempo para que la asimilara. La miró fijamente y dejó que el silencio se prolongara. Ella se había quedado muy quieta. Jim se preguntó si estaría pensando en otra cosa o meditando la respuesta.

Empezó a contar los segundos que pasaban. Llegó a cien, y luego a doscientos. Notaba la cara quemada porque en Cush le había dado el sol de mediodía. En cambio, la tez de Eilis no había cambiado de color. Estaba pálida. Ella miró alrededor y luego clavó la vista en él. Jim sentía que su pregunta continuaba suspendida en el aire y pronto resultó evidente que Eilis no la respondería». (p. 321)

PODRÍA HABER SIDO DE OTRA MANERA

«En cuanto Martin se marchó, Jim se sintió casi tan triste por haber perdido a Eilis como se había sentido veinte años atrás. Incluso cuando, sentado solo detrás de la barra, se tranquilizó diciéndose que ahora tenía a Nancy, la sensación de pérdida permaneció en su interior. La tristeza que había persistido unos seis meses tras la marcha de Eilis regresaba alguna que otra vez, sobre todo los sábados por la noche cuando subía a la vivienda después de cerrar el pub.

Desde que la vio aquella noche no se le iba de la cabeza que Eilis estaba en

la ciudad. Le parecía fuera de lugar que no se vieran, que no se pusiera en contacto con él. Cabía la posibilidad de que ella partiera de nuevo sin hablar con él, como si fueran dos desconocidos». (p. 165)

«—Si hubiera sido más fuerte, jamás me habría ido de aquí. No soñaba con marcharme. Me habría quedado. Claro que entonces no habría tenido a mis hijos.

Lo miró fijamente y él no supo si debía interpretar que se habría quedado con él.

—¿Alguna otra cosa de la que te arrepientas?

—Me habría gustado estudiar más, pero no era posible.

¿Qué tenía que decir ella para complacerlo? Jim se dio cuenta de que esperaba demasiado. Eilis difícilmente diría que lamentaba no estar con él.

Cuando ella le preguntó de qué se arrepentía él, no supo qué responder. Le pesaba el paso de los años; le pesaba haber tardado tanto en encontrar a alguien con quien ser feliz.

—Lamento no haber ido en tu busca aquella vez. Aquella mañana, nada más ver la nota en la que me decías que volvías a Brooklyn, debería haber ido a la estación de tren y, si no estabas allí, al barco. Antes pensaba en eso, en qué habría sucedido si hubiera corrido tras de ti.

—¿Algo más?

Él se arrellanó, cerró los ojos y meneó la cabeza». (p. 205)

«No añoraría la casa de Market Square. Pese a que las habitaciones de encima de la tienda eran bastante grandes y lumi-

nosas y no había humedad y el tejado estaba en buen estado, tenía un mal recuerdo de sus intentos de secar pañales en una vivienda sin jardín o conseguir que los niños se entretuvieran las tardes calurosas de verano.

Y luego estaba el dolor que ella asociaría por siempre a esa casa. Recordaba cuando Miriam y Laura la sorprendieron en el recibidor con un montón de ropa de George, a punto de salir para llevarla a una tienda de Wexford. Le recriminaron que quisiera deshacerse de la ropa de su padre a sus espaldas y, pese a que les dijo que lo hacía para ahorrarles el mal trago, siguieron enfadadas con ella.

—Entonces ¿por qué no lo hacéis vosotras? — les preguntó—. Aún queda medio armario y todos sus zapatos. ¡Hacedlo vosotras!

Mientras miraba hacia el río, pensó en todo el cemento y la piedra de que estaba hecha la ciudad, en las superficies duras y los ángulos cerrados. Era lo único que ella había conocido. Sonrió ante la idea de que invertiría la misma energía en la creación del jardín que la que había dedicado a abrir la tienda de fish and chips. Se dio la vuelta y, al contemplar el cielo de poniente, cayó en la cuenta de que debería colocar otro ventanal en esa parte de la casa para ver la luz al final del día». (p. 266)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

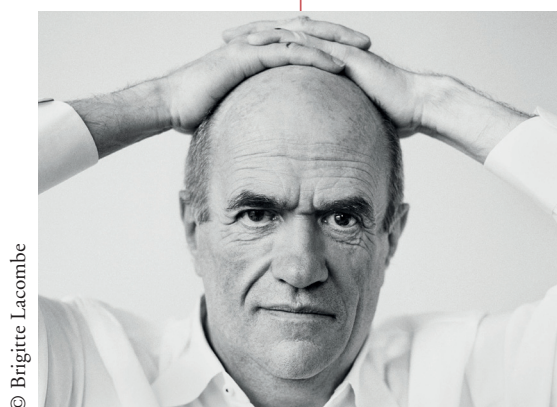
1. Eilis decide rápidamente que no quiere tener nada que ver con el hijo ilegítimo de Tony. ¿Cómo llega a esta decisión y por qué está tan convencida de ello? ¿Qué perdería si cediera a la presión de la familia de Tony para aceptar un futuro con el bebé en sus vidas?
2. Comentad la tensa relación de Eilis con la numerosa y unida familia italoamericana de Tony. ¿De qué manera la han hecho sentirse acogida o más aislada?
3. Comparad la relación de Eilis con su madre y la de Tony con la suya. ¿Qué aspectos atribuíis a las diferencias culturales y cuáles a las circunstancias únicas de sus vidas?
4. ¿Cómo utiliza Eilis el silencio para comunicarse a lo largo de la novela? Pensad, por ejemplo, en su viaje en coche con Tony al aeropuerto. ¿Cómo dota la escritura de Tóibín de peso de estos momentos sin palabras?
5. Después de que Eilis dejara a Jim en Irlanda, él empezó a salir con otra mujer, Mai Whitney. Comparad lo que finalmente ocurrió entre ellos con su experiencia con Eilis.
6. Reflexionando sobre los acontecimientos de hace veinte años, Jim considera que nunca preguntó a Eilis por su vida en Nueva York. Del mismo modo, cuando regresó, Tony nunca le preguntó qué había pasado aquel verano. Ahora, de vuelta en Irlanda, Eilis fantasea con la idea de que Jim «le pregunte en voz baja cómo había sido estar lejos todos estos años. Nadie más se lo había preguntado, ni su madre ni Nancy ni nadie». ¿A qué creéis que se debe esto? Tóibín escribe sobre Eilis: «Nadie sabía realmente nada de ella». ¿Es esto cierto?

7. ¿Qué os ha parecido la forma en que cambia el comportamiento de la señora Lacey cuando Rosella y Larry llegan a Enniscorthy? ¿Qué sentido le da Eilis a esto y a la respuesta de sus hijos?
8. Los espacios domésticos desempeñan un papel importante en la novela, ya que los personajes redecoran un salón, instalan nuevos electrodomésticos y muebles, y se plantean comprar, vender y construir casas. ¿Qué revelan estas acciones sobre las aspiraciones y valores de personajes como Eilis, la señora Lacey, Nancy y Miriam?
9. ¿Qué os ha parecido la decisión de Eilis de reunirse con Jim en Dublín? ¿Está justificada su decisión por la traición de Tony? ¿Creéis que llegará a contárselo?
10. Comentad el papel de los secretos en la narración. ¿Cómo habría cambiado la historia si ciertas relaciones amorosas y planes de futuro se hubieran compartido —o revelado— antes? ¿Qué habría pasado si ciertos secretos nunca hubieran salido a la luz?
11. «[Jim] entendía algo de la gente, pensaba, porque era dueño de un pub... Los observaba hacer lo que no tenía sentido, reacios a escuchar argumentos o razones». ¿En qué se parece esta cita a las decisiones que toman (o se niegan a tomar) los personajes de Tóibín? ¿Comprende Jim a la gente tan bien como cree?
12. Comparad la decisión de Eilis de ocultar su matrimonio con Tony cuando regresó a Irlanda hace veinte años con la decisión de Jim de ocultar su relación con Nancy en 1976. ¿Es un personaje más simpático que el otro? Al final, ¿cómo afronta cada uno de ellos las consecuencias de la revelación de la verdad? ¿Quién tenía más que perder?
13. ¿Qué os pareció el plan de Nancy en los últimos capítulos? ¿Por qué no se enfrenta directamente a Jim? ¿Qué habrías hecho vosotros?

14. Comentad la última pregunta de Jim a Eilis y la decisión de ella de no contestarla. ¿Qué creéis que ocurrirá después con estos personajes? Imaginadlos dentro de veinte años. ¿Leeríais una tercera novela de Tóibín sobre ellos en esa etapa de la vida?

(Preguntas extraídas de la guía de lectura de Oprah Winfrey:
A reader's guide for "Long Island," Oprah's book club pick - CBS News)

EL AUTOR



© Brigitte Lacombe

COLM TÓIBÍN (Enniscorthy, 1955) es uno de los mejores escritores irlandeses de nuestro tiempo, ganador del Forster Award en 1995 y de la Medalla Bodley en 2022. De su obra cabe destacar las novelas *The Master. Retrato del novelista adulto* (Lumen, 2018), galardonada con los premios IMPAC, Mejor Libro Extranjero de Babelio y Los Angeles Times Book Prize, y finalista del Booker Prize; *El testamento de María* (Lumen, 2014), finalista del Man Booker; *Brooklyn* (Lumen, 2016, 2024), su obra de ficción más conocida, llevada al cine por John Crowley, ganadora del Premio Costa Book y mejor libro del año según *The Guardian*, *The Daily Telegraph*, *The Sunday Times* y *The Observer*; *Nora Webster* (Lumen, 2016), que obtuvo el Premio

Hawthornden; *La casa de los nombres* (Lumen, 2017); *Madres e hijos* (Lumen, 2019), una selección de los relatos recogidos en *The Empty Family* y *Mothers and Sons*, ganadora del Edge Hill Short Story Prize, y *El Mago. La historia de Thomas Mann* (Lumen, 2022), ganador del Premio Rathbones Folio y escogido como uno de los mejores libros del año por *The New York Times*, *The Times*, *NPR*, *The Washington Post*, *Vogue* y *The Wall Street Journal*. Tóibín es también un excelente crítico literario, como demuestran las piezas reunidas en el volumen *Nuevas maneras de matar a tu madre* (Lumen, 2013). Su última novela, *Long Island* (Lumen, 2024), es la esperada secuela de *Brooklyn*. Su obra se ha traducido a más de treinta idiomas.

DECLARACIONES DEL AUTOR

«*Long Island* tiene lugar en 1976 y para Eilis, la heroína de la novela, lo más cercano a Irlanda que puede encontrar en Long Island es la playa y el mar. No tenía intención de escribir una secuela de *Brooklyn*, hasta que un día tuve una idea y pensé que si sucedía una cosa, esa llevaría a otra y así fue surgiendo la novela que cuenta el regreso a casa de Eilis, a esa isla que no es Long Island pero también tiene una playa».

«A Eilis se le da bien romper los corazones de los hombres pero ella no quiere hacerlo. Trabajo con la ambigüedad, ahí donde no existen personajes completamente buenos o malos porque eso sería como hacer una especie de caricatura. Con una novela, siempre estás intentando elaborar la siguiente escena en la que un personaje puede hacer algo ligeramente distinto a lo que se espera de él. Pienso que un libro es un modo de intensificar nuestra visión de la vida, y eso la hace más vívida y emocionante».

«Siempre supe cómo iba a terminar la novela pero me di cuenta de que el lector no lo sabía. Incluso cinco páginas antes del final, el lector no está seguro de cómo va a terminar la historia y pueden ocurrir más cosas. Es una obra que desciende lentamente».

«El lector es un personaje en el libro y como autor estás imaginando al lector como imaginas también a los personajes. Lo haces para ver dónde está el lector en cada momento, cuánto sabe, qué sabe. Porque ¿es necesario informar al lector? ¿Cuánto necesita saber?»

«En un pueblo pequeño, todos deben saber todo, a menos que haya ciertas cosas que solo las sepan un par de personas y puedes pensar que alguien más lo descubrirá aunque tal vez nadie lo hace. Este no es un drama de chismes feroces en un pueblo, pero hay secretos y cuando Eilis regresa desde América sabe algunas cosas, y hay otras que, por ejemplo, no le cuenta a su madre. Y más adelante en la novela se va dando cuenta de que hay muchas cosas que ella misma no sabía».

LA CRÍTICA HA DICHO

«No es necesario haber leído *Brooklyn* para disfrutar de los numerosos placeres que brinda *Long Island*. Una novela magistral llena de añoranza y arrepentimiento sobre los reencuentros amorosos, los compromisos y los acuerdos que se alcanzan en la vida. Es intensamente emotiva y, sin embargo, muy contenida. Me entristeció tener que pasar la última página».
Douglas Stuart

«*Brooklyn* y *Long Island* son las obras por las que más recordaremos a este maravilloso escritor».
Sam Sacks, *The Wall Street Journal*

«Lo que hace de *Long Island* una novela especial [...] son los fantasmas de las consecuencias de las acciones con que cerraba *Brooklyn* [...], y el suspense que se amplifica por la habilidad de Tóibín para equilibrar las fuerzas del secreto y la revelación [...]. Tóibín, maestro de su arte, [...] nos deja una vez más con la duda de qué será lo siguiente».
Ellen Akins, *Los Angeles Times*

«Una escritura tensa con deliciosos destellos de humor [...]. Una auténtica maravilla de novela».
Laurie Hertzell, *The Minneapolis Star Tribune*

«Emoción, melancolía, desgarradores diálogos [...]. Tóibín en su mejor versión».
Robbie Millen, *The Times*

«Su mejor obra hasta la fecha. [...] Tiene la tensión de una obra de teatro sin renunciar a todos los placeres de una novela íntima y profunda. Hacía tiempo que no quería abrazar a tantos personajes».
Naoise Dolan

«Un novelista aclamado que recupera a los personajes centrales de su obra más conocida. [...] El destino de Eilis se decide en un giro argumental digno de Edith Wharton. [...] Tóibín es un maestro de la prosa tranquila y contenida [...]. Conmovedor».
Kirkus Reviews

«Desde la primera línea en una historia de Colm Tóibín uno está sumergido por completo en una conciencia. Da igual que sea una novela o un cuento. La inmersión es la misma, y no cesa hasta el final».
Antonio Muñoz Molina, *El País*

«Deslumbrante y devastadora [...]. Tóibín es sencillamente uno de los mejores escritores vivos del momento [...]. Un nivel de perfección que resulta inquietante».
Joan Frank, *The Boston Globe*

